

Cultura e identidad nacionales frente a la globalización y la integración. El papel de la Universidad

LEOPOLDO ZEA

I

La insistente pregunta que se hace en nuestros tiempos es sobre lo que sucederá a la cultura y la identidad nacionales dentro de la globalización. ¿Afectará la cultura y la identidad nacionales su inserción en la globalización puesta en marcha a lo largo de esta última década? ¿Cómo impedir que esto ocurra? Los pueblos que se insertan en la globalización, ¿aceptan la anulación de las mismas para superar los retos de la economía global? Estos pueblos o personas que aceptan renunciar a lo que les es propio, ¿venden el alma que les identifica?

Imaginemos que pudiésemos enjuiciar al hombre de Neanderthal, al de Cromagnon o a cualquier otro primitivo, a nuestros más lejanos abuelos, por haber cambiado su primitiva identidad y cultura para dar lugar al hombre de estos nuestros días, que ha hecho posible una ciencia y una tecnología que han superado todo lo imposible de imaginar. ¿Enjuiciarlo por no mantenerse en el mundo que le es propio naturalmente? o, por el contrario, ¿festejarlo por haber ayudado a superarlo para convertirlo en algo distinto de lo que era? ¿No es esta capacidad para cambiar que la naturaleza ha dado lo que origina la cultura? ¿No es el meollo de esta capacidad lo que llamamos alma? El cambio puede ser impuesto desde afuera por la propia naturaleza y por otros, sus semejantes, como instrumento. Pero tam-



Karralio 198

bién, frente al mismo, surge como respuesta el cambio a partir de sí mismo para superar dominios. Este es el problema, ¿el cambio impuesto o el cambio libre para superarse?

Fue desde Europa, donde se han encontrado los restos del hombre de Neanderthal, de Cromagnon y de otros lugares más, que partió la extraordinaria globalización que ahora enfrentamos. De allí salió la expansión de la conquista y la colonizadora sobre el resto de los pueblos de la tierra. Pueblos que también, dentro de su propio ámbito e historia, crearon culturas y originaron identidades que la expansión de Europa sometió o pretendió anular. Estos pueblos fueron primero

LEOPOLDO ZEA: *Profesor Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)*

integrados en la globalización impuesta por el cristianismo y, posteriormente, en la modernidad. Fue por ello que Europa originó el mundo occidental y su cultura. En la primera etapa, la ibero, que se inicia en 1492, impone su cultura a otras culturas para una supuesta salvación de sus almas y que pudiesen igualarse a la propia. La expansión de la Europa occidental fue —se dice— para civilizar o simplemente para hacer de la tierra encuentro de los hombres que eran parte de ella, instrumentos al servicio de su insaciable codicia. Nosotros, los mexicanos y los latinoamericanos, somos fruto de estos encuentros con una identidad y cultura peculiares. Llevamos dentro al conquistador y al conquistado en la sangre y la cultura de uno y de otro como signo de la mestiza identidad que nos identifica.

Arnold Toynbee nos habló de la expansión del mundo que siguió al ibero, el Occidental. El mundo occidental ha creado instituciones políticas, cultura y civilización, que lejos de compartirlas con otros pueblos, las considera de su exclusividad; así como los instrumentos de su propio y peculiar desarrollo, su ciencia y tecnología. “El mundo occidental —escribe— ha vivido en nuestra época bajo el dominio de dos instituciones: el sistema industrial de economía y un sistema político apenas menos complicado que llamamos ‘democracia’ como abreviatura de gobierno representativo responsable de un Estado nacional, independiente y soberano.” “El sistema industrial —agrega— presenta un aspecto humano de la división del trabajo y uno no humano en la aplicación del pensamiento científico moderno y físico del hombre.”

Dentro de este aspecto “no humano” es que ve al otro como objeto útil o desechable, originando la otra visión del mundo occidental, con la cual justifica su negativa a reconocer en otros hombres y pueblos lo que reclama para sí. Lo contrario a la expansión ibérica sobre América, empeñada en imponer a sus habitantes la cultura que le era propia anulando la de éstos por considerar demoniacos los hábitos y costumbres de tales pueblos, pero también empeñada en mestizarse con ellos. El mundo occidental no ve en los pueblos con los que se encuentra como el ibero a criaturas que hay que arrancar al demonio, rescate por lo cual estas criaturas deben pagar a sus benefactores con sus bienes y trabajo.

“Nosotros los occidentales —dice Toynbee— no vemos a los pueblos con los que nos encontramos sino como parte de la naturaleza que ha de ser puesta al servicio del hombre por excelencia. Como parte de la flora y fauna por utilizar, o para desbrozar.” Dentro de esta concepción, obviamente el sistema democrático

occidental no está al alcance de estos entes, como tampoco el progreso material que originan las mentes de hombres destinados por la providencia a la felicidad en esta tierra y a la beatitud en la otra. Haga lo que haga esta gente, nunca se podrá igualar a los predestinados hombres que con su exclusiva y libre voluntad han originado la ciencia y la tecnología de dominio natural. “Hagas lo que hagas —dice Próspero a Calibán en la *Tempestad* de William Shakespeare— nunca serás mi igual.”

¿Qué queda entonces a estos hombres? ¿Qué queda a sus pueblos? ¿Qué será entonces de pueblos como el nuestro que por mestizaje llevan dentro de sí algo del mundo que no acepta considerarlos como sus semejantes? Volvamos a Toynbee que dice: “En su lucha por la existencia el Occidente ha acorralado a sus contemporáneos y los ha enredado en las mallas de su superioridad económica y política, pero no los ha despojado todavía de sus culturas distintivas. Por muy apremiados que se hallen, pueden aún considerar como suyas sus almas.” Esto es, pueden mantener su identidad, afianzar sus hábitos y costumbres; tal será así el destino para los pueblos que se denominarán del Tercer Mundo. La única posibilidad de mantener algo que les es propio. Pero, preguntemos, ¿acaso las almas de estos nuestros pueblos son algo que interese comprar o aniquilar al hombre del mundo occidental como sí interesó al ibérico? Las gentes de estas tierras pueden quedarse con su cultura e identidad, siempre y cuando no afecten los intereses del mundo occidental. Pueden quedarse como un gran museo del pasado, como están ya en los museos de antropología los restos de los hombres primitivos. Lo que no se permitirá es que estas gentes traten de hacerse de sistemas económicos y políticos que impidan al Occidente imponer su hegemonía al mundo.

Tal fue, precisamente, lo que intentó la América Latina al romper en el siglo XIX con los avíos que le había impuesto el coloniaje. Los hombres de esta región se plantearon la necesidad de ser otros de los que eran, para asemejarse a sus dominadores. La disyuntiva, el dilema, se plantea como ¿civilización o barbarie? Civilización: lo que se debía ser, barbarie: lo que se era. Y con ello, como prevenía Toynbee, el entregar el alma, ser los yanquis y los Estados Unidos de la América del Sur, como Europa o cualquier nación del mundo occidental. Pero, ¿había necesariamente que entregar el alma para poder hacerse de los medios de producción del mundo occidental?

II

"¡Hagas lo que hagas —dice Próspero a Calibán— nunca serás mi semejante!" Francis Fukuyama, el filósofo estadounidense, en el mismo año de 1989, año que abría tantas esperanzas para pueblos como el nuestro, siguiendo a Hegel habla del mismo sistema de que habló Toynbee como exclusivo del mundo occidental: "Estamos presenciando el fin de la historia como último paso a la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma final del gobierno humano. Y entonces a un Estado homogéneo con democracia liberal en la esfera política combinado con el fácil acceso a las videocaseteras y estéreos en la economía." Fuera de este mundo y en la historia sin fin quedan los pueblos del Tercer Mundo y los que se formaron bajo la hegemonía comunista. Sistema que empezaba su propia desarticulación en ese mismo 1989 en que cayeron los muros que separaban a sus pueblos del mundo occidental.

La caída de los muros en Europa la origina la decisión unilateral de la Unión Soviética, bajo Gorbachov, de abandonar la costosa carrera armamentista y con ello la Guerra fría. Al finalizar 1989 se produjo también el castigo impuesto por Estados Unidos a una nación del Tercer Mundo, Panamá, con las mismas armas que no servirán ya para intimidar a un adversario que ha dejado de serlo. En 1990 la guerra a Irak se hizo con el mismo y sofisticado armamento, y con ello la pretensión de los Estados Unidos de seguir conduciendo y protegiendo con sus armas al Mundo. Se anuncia el Estado universal de Hegel. Pretensión que hace posible la desarticulación de la Unión Soviética en 1991. Pero con ella es ya obsoleta la industria de armamentos, como lo serán sus productores, los Estados Unidos. A regañadientes, el mundo en Europa y Asia aceptan esta nueva pretensión hegemónica para pronto deshacerse de ella a partir de la transformación de la economía. Esto hace innecesaria la presencia de Estados Unidos, de su pretendida hegemonía. La economía occidental se ha transformado a partir de la capacidad de su ciencia y tecnología en una economía doméstica. Esto es, al alcance de los individuos que pueden pagar su costo. Fuera de ella quedan, paradójicamente, los Estados Unidos, pese a Francis Fukuyama. De la Europa oriental se retiran ya las tropas de la Unión Soviética, de la Europa occidental deberán también regresar los estadounidenses a sus cuarteles. El costoso armamento disuasivo resulta ya obsoleto.

Para la Europa occidental el motor del cambio económico lo hace posible su avanzada tecnología, des-

tacadamente la desarrollada en Alemania, una de las perdedoras de la segunda Guerra y por ello obligada a no fabricar armas. Su quehacer se orienta a la economía doméstica, a las videocaseteras, estéreos, internet, y todas esas maravillas al servicio del individuo. La integración europea occidental en que venían empeñándose esos países permite librarse del costo que había que pagar a Estados Unidos por su defensa en la Guerra fría. La economía de mercado, que obviamente descansa en el mercado, es desde donde puede ser absorbida la producción, cada vez más acelerada, de los países que cuentan con alta tecnología.

Igual sucede en el otro extremo de la tierra, en Asia, con un pueblo también vencido en la segunda Guerra, Japón. No pudiendo hacer armas, fabrica mercancías para ser consumidas domésticamente. Japón es capaz de participar en el maravilloso mundo del que tan ufano se mostraba Francis Fukuyama. Se hace patente la capacidad de Japón no solo para asimilar y poner a su servicio esa tecnología, que parecía ser exclusiva del mundo occidental, sino también para mejorarla, superando al Occidente, y además hacerla más barata, poniéndola al alcance de más consumidores que, al participar en la producción, están cada vez más capacitados para ello. En la nueva economía lo importante es el mercado, capaz de absorber lo que la creciente industrialización produzca. Pero el Japón solo, por muy grande que fuese la capacidad de consumo de los japoneses, no podrá absorber la producción que posibilita su ya avanzada tecnología.

Habrá que crear mercados fuera de Japón. ¿Dónde? Para empezar, en las que fueran colonias asiáticas de Occidente. La creación de empleos ampliará los mercados. De ex colonias de Occidente en la Cuenca del Pacífico, los pueblos pasan a ser maquiladores de Japón y de ahí socios del mismo, acelerando la productividad y el consumo. Surgen los llamados Tigres del Pacífico. Los asiáticos muestran al Occidente que pueden no sólo hacer suya la ciencia y la tecnología que los potenció, sino mejorarla, superarla y abaratarla. Además, esa región, unida económicamente, puede barrer no sólo con la capacidad industrial de los Estados Unidos, sino de la misma Europa occidental, que se aprestaba a ocupar el lugar de su costoso protector en la Guerra fría, Estados Unidos.

Francis Fukuyama y su maestro, Samuel Huntington, reconocen recientemente que el futuro del mundo ha sido erróneamente interpretado. Reconocen que los asiáticos no sólo son capaces de hacer suya la ciencia y tecnología occidentales, sino de superarla y reinventarlas. Pero lo que esos pueblos jamás podrán



Alvarado '98

hacer es superar al Occidente en sus valores morales. "Nunca —dicen— en el Occidente haremos trabajar a un hombre 24 horas al día como Asia lo está haciendo". Desde Singapur su líder pregunta: "Antes trabajábamos 24 horas al día para ustedes. ¿Eso era moral? Ahora trabajamos 24 horas al día para nosotros. ¿Es eso inmoral?" Asia está así emergiendo y superando al mundo occidental a la japonesa, a la china, a la malaya, a la tailandesa o a la coreana. Pero, además, conservando su alma. En cuanto a esa otra institución occidental, el sistema político democrático podrá ser igualmente asimilado y mejorado, cuando los hombres de esa región superen la miseria que les impuso la expansión occidental.

III

Regresemos a nuestro continente, a América, a la América Latina, y con ella, a México ¿Qué está sucediendo a la cultura e identidad en la ineludible globalización que se está viviendo? Estados Unidos, negando las profecías de Fukuyama, pese a su poderoso y sofisticado armamento, parecía enviado al vacío de la historia sin fin, incapacitado técnicamente para participar con éxito en la nueva economía doméstica. Carece de mercados, ya copados por Europa y Asia. No había que pensar mucho, al sur de los Estados Unidos existen varios pueblos antes tan sólo vistos como el patio trasero de sus intereses. Aproximadamente 500 millones de gentes que, de estar capacitada para consumir, podría ser el nuevo y extraordinario mercado que podría per-

mitir la reversión de la economía estadounidense. Pero Estados Unidos tendrá que hacer lo que hace la Europa occidental, integrando la diversidad de sus economías, salvo las de la Europa del Este y Rusia.

Lo que hizo Japón en la Cuenca del Pacífico debería hacerlo Estados Unidos en América. Crear mercados y para crearlos, posibilitar consumidores capaces de producir y consumir lo que hace posible la nueva ciencia y tecnología. Integrar economías, compartir el desarrollo para que no se frene y agoste el propio. El presidente de los Estados Unidos, George Bush, que ya no aspiraba al liderazgo mundial de su nación, propone a toda la América Latina y al Canadá un Tratado de Libre Comercio. Viaja por toda la América Latina, donde nadie le dice que no, sólo espera cada uno de estos países ser prontamente favorecido. Por razones naturales de frontera, México entra primero, con Canadá, en este tratado. Esto posibilita a México entrar en la globalización como socio y no ya como simple instrumento. La propuesta la hace realidad el demócrata William Clinton. Sabe que siendo bueno para México y Latinoamérica lo será también para su país. Hace algo más, pone en marcha la integración interna de las minorías estadounidenses, siempre marginadas, formadas por latinos, afroamericanos y asiáticos. El tratado con México se firma al finalizar 1993.

En una reunión sobre América Latina en Mendoza, Argentina, una latinoamericanista estadounidense que siguió por televisión la aprobación del tratado en los Estados Unidos me dice acongojada: "Doctor, ¿qué va a pasar con su país? ¿Qué va a pasar con su rica identidad, la identidad del mundo indígena? ¿Sus atavíos, costumbres, cultura? Todo eso va a desaparecer." "¿Por qué? —le pregunté. Los mexicanos podremos hacer lo que los europeos hacen, recordar a nuestros antepasados, sus bailes, su folclor, cantos y todo lo demás. Pero a la mañana siguiente teniendo a nuestra disposición las técnicas que hacen posible la nueva economía, usarlas en nuestro beneficio." "Pero, ¿no tendrán que cambiar mucho?" "Por supuesto que sí, pero lo haremos libremente, en lo que consideramos lo mejor." "¿No perderán su alma?" "No, es el alma la que elige, la que hace posible el cambio, el cual ha de ser libre y no impuesto por intereses extraños."

En varios países del Cono Sur de la América Latina se vio a México, por este hecho, como una nación que renunciaba al pasado que le era propio a cambio de un iluso desarrollo. Los países de esta zona estaban formando el Mercosur, que considero de acuerdo con el pasado latinoamericano. En Montevideo, Uruguay, en una reunión sobre América Latina y su cultura, Alber-

to Methol Ferre preguntó: "¿Qué piensan los mexicanos frente a proyectos opuestos como son el TLC y el Mercosur? El uno es panamericano, el otro latinoamericano. El Mercosur parte del común de nuestras culturas latinoamericanas; no así el TLC. Cuando dos ámbitos culturales heterogéneos se compenetran, uno inevitablemente homogeneiza al otro." "¿Qué piensan Leopoldo Zea y Octavio Paz? No pueden dejar de responder a esa problemática. Sería terrible que ambos no asumieran esta terrible problemática."

La misma preocupación hizo patente el ahora refrendado presidente del Uruguay, Julio María Sanguinetti: "En América Latina la preocupación crece. Algunos países, como México, ya resolvieron su estrategia, se integran al bloque norteamericano, y en consecuencia están jugando a la suerte de uno de los grandes. Mientras nosotros estamos en la incertidumbre, México se incorpora definitivamente a una de las economías más poderosas del mundo. No se trata de criticar a México que no tiene otro camino mejor, pero es un hecho que por esta vía se aleja cada vez más de cualquier estrategia latinoamericana común."

La respuesta mía fue: "El TLC y el Mercosur son complementarios. Cuanto mayor sea la integración de los países latinoamericanos, más fuerza tendrán en su relación con Estados Unidos." Mercosur, a su vez, ha logrado integrarse económicamente a la Comunidad Europea, aceptando sus exigencias. ¿Acaso por ello está vendiendo su alma, o simplemente busca opciones que lo fortalezcan? Diversos encuentros de los gobiernos de México y otros países latinoamericanos en diversos foros han mostrado que no existe tal evasión de México de la realidad cultural en la que se ha formado. México viene dando pasos para integrarse también con el Mercosur; tiene tratados con Chile, Venezuela, Colombia y Centroamérica, que muestran el equívoco de esta interpretación. A su vez, Estados Unidos ha anunciado su intención de ampliar el Tratado, entorpecida en los mismos Estados Unidos por fuerzas que no quieren compartir lo que consideran sólo puede ser de su peculiar provecho.

IV

¿Cómo se originaron estas interrogantes y recelos respecto de un Tratado que también ha sido ofrecido y aceptado por otros países de la América Latina? Un Tratado que, precisamente, no aceptan las mismas fuerzas conservadoras de Estados Unidos. Se trata, pura y simplemente, de crear mercados para poder cambiar la situación que les impuso el coloniaje. Es así que está emergiendo Asia; así trata de emerger África,

siempre con grandes resistencias en Occidente. Las críticas a México sostienen que "intentar esto es tratar de homogeneizar ámbitos culturales tan distintos como el estadounidense y el mexicano, lo que obviamente lleva a los mexicanos a subordinarse al primero, a vender lo único que les queda, el alma." Tal se sostiene a partir de Samuel Huntington, maestro de Fukuyama, para el cual es imposible la relación de culturas tan distintas. ¿Qué va a pasar entonces con el TLC? Por ello dice: "no hay problema, será México el que se transforme culturalmente en apéndice norteamericano."

¿Qué se quiere decir con esto? Simplemente se confunde de mala fe instancias distintas: la cultura, que expresa el alma humana, y la instrumental, que permite que el mismo hombre pueda dominar la realidad material de su entorno. Pero para lograr esto no tiene por qué renunciar a su alma. Si cambia hábitos y costumbres será de acuerdo con lo que reclama su misma alma, para descolonizarse y realizarse. Tanto el hombre de Neanderthal como el de Cromagnon, para pasar de las cavernas a lo que es ahora el hombre del mundo occidental, ha tenido que hacer todo esto. Y todo esto ha sido alcanzado porque el hombre decide hacerlo. La identidad no es algo hecho para siempre, sino algo que el hombre ha de hacer, permanente, pero también libremente, para superarse a sí mismo.

¿Cómo reacciona el Calibán de Shakespeare ante Próspero cuando le dice "¡Hagas lo que hagas nunca serás mi semejante!" Y agrega: "Yo te enseñé mi lengua para que aprendieras tu lugar de esclavo en mi mundo. Tú en cambio, bruto, la balbuceas, la expresas



mal". Calibán contesta: "Yo aprendí tu lengua para maldecirte, para mal-decir lo que tú quieres que te diga, no eres mi señor. La aprendo para decirte que no lo soy y que soy señor y no esclavo de esta isla de la que me has despojado." Calibán se apropia de la lengua de Próspero no para someterse, sino para enfrentarlo, para superar el dominio que le ha impuesto. África y América Latina están aprendiendo como Asia, no sólo el lenguaje de Próspero para entender lo que realmente es para estos pueblos, también se están haciendo de la ciencia y técnica con la que Próspero les impuso su dominio. Aquello que Occidente creía de su exclusividad le está siendo expropiado por los mismos pueblos a los que impuso su dominio, no para anularlo, sino para obligarlo a compartir lo que debe ser compartido.

Fukuyama y Huntington consideran que si bien los pueblos ayer marginados superan al Occidente con su técnica, en cambio no podrán nunca estar a la altura moral del mundo occidental. Pero la presencia de estos pueblos en tal mundo, el lenguaje de estos mismos de acuerdo con el propio lenguaje del occidental, está poniendo en crisis la moral de que hacían gala en Occidente. Trágica es, en este sentido, la denuncia que ha hecho recientemente el gobernador de California, Peter Wilson, diciendo que México y los mexicanos han "asesinado su carácter" poniendo en crisis su moral. La ley 187 fue hecha, según él, de acuerdo con los buenos principios de la moral puritana. La respuesta de esta gente a su propuesta ha cambiado su mente. Porque tal ley lo muestra como un racista y discriminador, y no ya el hombre bueno que cree ser. "Ahora yo no lo soy —dice—, no puedo evitarlo. Lo que creía bueno se me ha convertido en malo".

¿Pero qué podría hacer esta gente con la ciencia y la técnica de la que trata de apropiarse? ¡Ya nada!, se dice desde el mundo occidental. Ya nada pueden hacer estos pueblos con esa ciencia y técnica, porque lo hecho ha sido más que suficiente y la naturaleza no soporta más explotación y se vuelve contra su expoliador. No sólo se habla ya del fin de la historia, también del fin del desarrollo, el cual ha llegado a su máximo en Occidente. Ahí fuera deben quedar para siempre los pueblos que no supieron o no pudieron aprovechar su oportunidad. ¿Habrá que repartir y compartir lo alcanzado? ¡Imposible —contestan—, sólo se repartiría la miseria! Sin embargo, sigue el consuelo; los pueblos que no lo alcanzaron deberán sentirse satisfechos, pues ya no sufrirán los males del desarrollo, como los sufrió Occidente, no tendrán que luchar en defensa de lo que ha sido alcanzado.

Así surgen ahora vigorosos defensores de la identi-

dad y cultura de los pueblos que no alcanzaron el desarrollo. De ellos —se dice— será el próximo paraíso, en donde la Naturaleza, que ya no podrá ser expoliada, cuidará de ellos, como cuida de todas sus criaturas, entre ellas los hombres que no se han apartado de ella para utilizarla. ¡Manténganse en donde están! ¡No es posible ir más adelante! ¡Pronto estaremos con ustedes! ¡Quédense en sus comunidades, con sus hermosos hábitos, costumbres! ¡Sin ustedes no tendrá futuro la humanidad! ¡El brutal materialismo capitalista y comunista irá pronto al vacío y nosotros nos incorporaremos pronto a la felicidad que ahora conocerán!

Sin embargo, la gente del mundo desarrollado no por ello deja de gozar de los frutos alcanzados por un sistema que pasará al vacío de la historia. No renuncia a nada que la historia no les quite. Imaginemos qué haría el hombre de Neanderthal y de Cromagnon, conminándolos a quedarse en el lugar de donde nunca debieron haber salido. ¿El mundo occidental, supuestamente, regresando a sus orígenes?

Dentro de este contexto, para nada servirá el que los pueblos marginados se hagan de esa ciencia y técnica, pues ya no hay nada por explotar. Lo cierto es que esta misma ciencia y técnica está mostrando su capacidad para abrir al hombre posibilidades nunca soñadas. Ciencia y técnica que permiten hacer de lo utilizado, de la basura, nueva riqueza, ampliando las que parecían terminadas posibilidades del hombre. Y en este campo son los pueblos enviados al vacío los que están emergiendo. Ya no es la tierra, sino el universo entero el que puede dar al hombre lo que la tierra ya no puede.



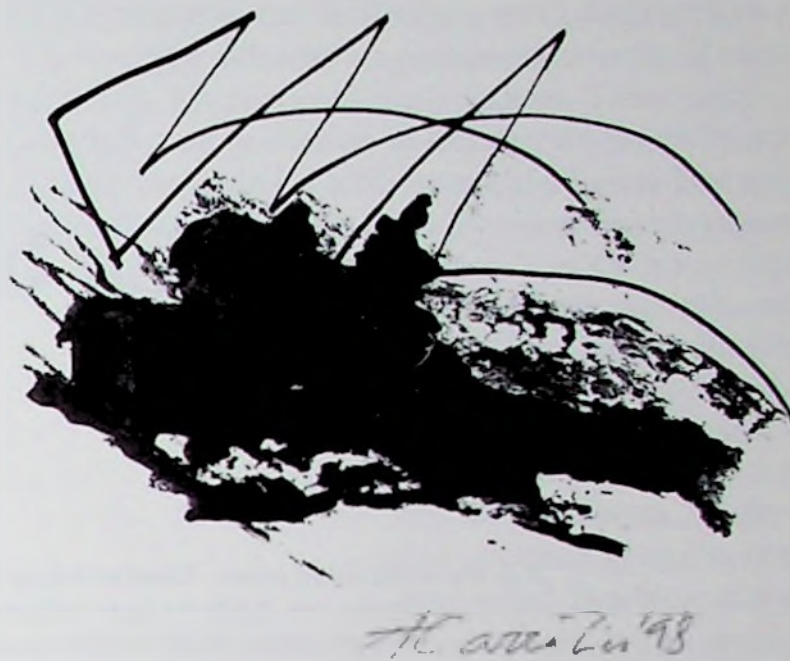
El planeta Marte, pensado como la contrapartida de la Tierra, para otra guerra fría galáctica. La ciencia ha demostrado que está deshabitado, y al estarlo, deja al hombre a solas con sus limitaciones, con toda una mente capaz de abarcar este universo y como el único responsable de su destino. Pero el hombre en su multiplicidad de expresiones, sin discriminación alguna.

Estados Unidos que, paradójicamente, había sido enviado al vacío de la historia sin fin por la Europa que estaba emergiendo en la nueva economía, repunta sorprendentemente a lo largo de los cuatro primeros años del presidente demócrata William Clinton. Repunta claudeslinamente con una política encaminada a incorporar a la nación a los millones de estadounidenses marginados por su etnia, sexo, cultura, religión, y todo lo que distingue a un hombre de otro. Incorporados en una economía que, para tener éxito, debe contar con mercados. Los mercados los están originando gentes a las que dan empleo en una producción que encuentra en ellos consumidores para hacer crecer. Los consumidores en Estados Unidos son la minoría estadounidense que ha mostrado que ya no es tal y es incorporada como fuerza productiva y consumidora.

Se trata de un desarrollo que puede ser infinito si de él forman parte todas las gentes que hacen posible la nación. Ya no sólo ganancia por ganancia, acumulación pura y simple, sino desarrollo compartido. A esta política se han sumado en Europa los triunfantes laboristas de la Gran Bretaña y los socialistas de Francia, como posibilidad para enfrentar los problemas de una Europa que se aprestaba a conducir el Nuevo Orden y tropieza con el mundo asiático que lo desplaza y lo obliga a compartir con él mismo su propio desarrollo, integrando su economía a la de estos pueblos. Participación que lleva a hacer lo que los asiáticos y los estadounidenses están haciendo: crecer y compartir el crecimiento para poner fin a la desocupación que pone en jaque el poderío europeo.

V

¿Cuál es entonces el papel de la Universidad en relación con los problemas de identidad y cultura en la globalización e integración? México, al igual que el resto de América Latina, los países del Tercer Mundo y los pueblos que han alcanzado el desarrollo, deberán preparar a sus nacionales para participar en la situación que ha originado la nueva economía. Estados Unidos aprendió la lección y busca, pese a la oposición de quienes dentro pretenden mantener la globalización que imponían las armas, opuesta a compartir un desarrollo



que sólo juntos todos los hombres y pueblos podrán alcanzarse en plenitud.

Para pueblos como el nuestro es deber de la Universidad preparar a la gente para que, sin renunciar a su identidad y cultura, busque en la nueva integración el lugar solidario que la misma impone. Identidad y cultura que obviamente cambian algunas de sus expresiones externas, pero siempre de acuerdo con lo que la propia fuente de identidad reclame para no quedar fuera de esa integración. Es la nación de naciones de que hablaba Simón Bolívar, la nación federal de naciones que en conjunto ha de orientar su futuro a partir de sí misma, pero igualmente a partir del reconocimiento de los mismos derechos a los otros.

La identidad y cultura propias no están reñidas con el desarrollo material que debe ser igualmente propio. No se trata de volver a pasado alguno, sino de hacer de este pasado instrumento para rebasarlo y alcanzar un futuro que ya no puede ser limitado a unos hombres y pueblos en beneficio de otros. Sólo los que se niegan a compartir ese futuro invitan a quienes pueden compartirlo a que se conformen con tal pasado, que hagan de él la fuente de identidad y la cultura a ser defendida y no pretender algo que les es ajeno. No se trata de que los pobres se queden con su pobreza ni los ricos con su riqueza. La ciencia y la técnica son instrumentos que pueden estar al alcance de todos los hombres, y no algo exclusivo de un hombre, con el sacrificio de otros. Los cambios que el hombre origina con estos instrumentos han de partir de la libre voluntad de los mismos. Todo esto ha de ser estimulado en nuestras universidades •